

Historia

OTRA

VICTIMA

DEL COMUNISMO

Francisco Javier Ford, Obispo misionero que dedicó muchos años de su vida al bienestar social, y espiritual del pueblo chino, ha muerto martirizado por los comunistas.

Fué una noche desahagible del mes de Enero de 1952 cuando la Hermana Joan Marie de la Sociedad Católica Norteamericana de Misiones, al caerse por causa de la fatiga en los corredores de la prisión china, pudo ver a través de las rendijas de una puerta al Obispo Ford casi moribundo, incapaz de tenerse en pie, demacrado y terriblemente envejecido. Un compañero chino tuvo que cargarlo sobre los hombros para seguir avanzando. Unos meses después, en el mes de agosto, la Hermana Joan Marie fué llamada a las oficinas de la prisión. Allí le mostraron unas fotografías del Obispo Ford, tomadas seguramente en los últimos momentos de su vida. Le mostraron después la tumba del Obispo y le obligaron a firmar un documento en el que constaba que la muerte del prelado había acontecido por enfermedad y vejez, a pesar de los cuidados médicos que había recibido por las autoridades médicas comunistas. A los pocos días salió en libertad: fue puesta en la frontera y llegó a Hong Kong.

Débil y enferma, la Hermana Joan Marie habló de aquella horrible pesadilla del mes de diciembre de 1950, cuando el Obispo Ford fue arrestado en Kaying, la sede episcopal. Ella era la secretaria

del Obispo Ford y fué también arrestada y como el Obispo, sometida durante meses a interrogatorios continuos. Fueron posteriormente trasladados a la prisión de Cantón, y las autoridades comunistas prepararon por teléfono las "demostraciones" "espontáneas" de enfurecimiento popular que siguió a los dos prisioneros en su camino a la cárcel de Cantón. En cada ciudad eran bajados ambos del bus que los conducía y llevados entre dos filas del populacho insultante y vociferador. Con las manos atadas a la espalda el Obispo caminaba lentamente con dignidad, la cabeza baja, mientras el griterío lo seguía en su marcha. El no podía defenderse de los gritos, pero rehusó caminar de prisa.

Unos estudiantes le hicieron caer tirándole unos bastones entre las piernas. Cuando cayó casi lo sepultan bajo una avalancha de barro y basuras. Lentamente, sin queja, el Obispo seguido de la Hermana Joan Marie, soportó los insultos y los maltratos serenamente en cada una de las paradas previstas por los guardias.

En la prisión de Cantón, fueron registrados, interrogados de nuevo y se obligó al Obispo a desnudarse por completo en presencia de la Hermana Joan Marie, para humillarlos a los dos. En Cantón los dos prisioneros fueron separados. La Hermana Joan Marie como más fuerte y resistente fue obligada a trabajar en el servicio de transporte en la prisión.

Los inviernos en Cantón no son extremadamente fríos pero sí desagradables y húmedos. La Hermana Joan Marie contó el tormento de dormir sobre el piso de cemento, rodeada de suciedad y parásitos, mal alimentada, sin agua para lavarse. Un día uno de los guardias se llevó un paquete con prendas propiedad del Obispo Ford: un paltó, un quimono, una colcha, una almohada y una red contra mosquitos. Ella pensó que se había permitido al Obispo traer algunas de sus pertenencias de Kaying, y que se las enviaba a ella. Como le dijeron que si ella no los aceptaba la prisión se incautaría de las prendas, ella tomó el paquete, con lágrimas en los ojos y con un cierto júbilo interior también, como si hubiese recibido un sacramento. Ya no tuvo mas noticias del Obispo hasta el día en que cayó en el corredor de la prisión transportando agua y lo descubrió al otro lado de la puerta, increíblemente envejecido, inválido, víctima de la enfermedad, de las privaciones y también de las torturas más horribles a que fuera sometido.

Francisco Ford fue consagrado en 1935 cuando tenía 43 años. Personalmente cautivaba a cuantos le conocían por su simpatía arrolladora y su valor. Cuando el joven Francis Javier Ford empezó sus estudios, la Sociedad Católica Norteamericana de Misioneros no era si no un plan en las mentes de sus fundadores. Era allá por el año 1912. Francis Ford se ordenó de sacerdote en 1917 y captado por los ideales de la Sociedad (conocida comúnmente por la denominación de Maryknoll) salió para China al año siguiente, en el grupo inicial de los misioneros de Maryknoll.

En 1929, era el Vicario Apostólico de la nueva Misión. Más tarde fué el primer Obispo de la Misión. Durante toda la guerra última estuvo en su obispado cuidando a los refugiados. Incluso cuando los comunistas se apoderaron del poder en China, rehusó abandonar a su diócesis y a sus fieles. En sus viajes, muy raros, a los Estados Unidos, el Obispo Ford no tuvo nunca éxito en sus recolecciones para su misión. Otros misioneros hablaban, y con razón de la dureza de la vida misional, de los inconvenientes de vivir en tierras inhóspitas, extrañas, diferentes, con gentes tan diversas. Pero para el Obispo Ford no había dificultades, no había tierras inhóspitas y las gentes no eran raras ni extrañas. Eran sencillamente maravillosos sus fieles chinos. Nunca tuvo nada que contar que le proporcionase dólares o compasión por parte del auditorio.

Fundó un seminario donde se educaba a los jóvenes chinos que deseaban ser sacerdotes. Creó un noviciado para las muchachas chinas que demostrasen vocación. En todas las parroquias funcionaban escuelas dirigidas por maestros locales. Or-

ganizó también una escuela del idioma chino para que las Hermanas al llegar pudiesen aprender desde el primer momento el idioma que tan necesario les sería después, en sus misiones de ayuda, de socorro y de catecismo entre la población feligresía de aquella provincia. Por el contacto directo y continuado con los campesinos y el conocimiento y alivio de sus necesidades físicas y espirituales, las Hermanas de la Misión, alentadas y adoctrinadas por el Obispo Ford, llegaron a tener una amplia influencia a pesar de ser poco numerosas. Los pocos casos que en el medio rural de la diócesis se presentaban de niños abandonados o huérfanos se solucionaban entregándolos al cuidado de las familias católicas de la comarca. El Obispo Ford organizó su diócesis según una nueva concepción de la labor misionera, eliminando las instituciones, aplicando la misión directa, la convivencia con el pueblo, la atención personal.

En sus charlas y sermones a las Hermanitas, le Obispo Ford recomendaba siempre no rezar pidiendo el martirio; hubiera sido presunción; ¿cómo iban a saber ellas, las Hermanas, que eran merecedoras de tal gracia? Una oración que él mismo compuso, da la clave de la más íntima comunión de aquella alma con Dios.

“Concedednos, Señor, que seamos el umbral por el que pasen las multitudes que vengan a adorarte. Y si para la salvación de nuestras almas, debemos ser pisoteados hasta el agotamiento, por lo menos, te habremos servido humildemente ayudando a las almas paganas; nos habremos convertido en el camino real de la china intransitable.”

Parece que Dios escuchó sus palabras,

JULIE BEDIER
“The Commonweal”.

